

# 1

DACRE

El puño de mi padre se estrelló contra mi mandíbula con un crujido repugnante, y al momento mi boca se inundó con el sabor metálico de la sangre. Un dolor familiar se extendió por mi rostro como un rayo y me dificultó concentrarme en cualquier otra cosa. Cerré los ojos, tratando de ignorar el sonido de su voz furiosa y el escozor de las lágrimas en mis ojos, pero, por muchas veces que ocurriera algo así, no se hacía más fácil de soportar.

Podía sentir cómo la ira irradiaba de él, podía notar su aliento cálido contra mi piel. Me preparé para otro golpe que nunca llegó.

La voz de mi padre retumbó como un trueno, llena de ira y decepción.

—Eres una maldita vergüenza para esta rebelión —gruñó con un tono cargado de desdén, con la mirada clavada en mí—. Naciste para liderar, pero te has arrodillado ante ella como un cobarde y has dejado que se te escapara de las manos. —Mientras permanecía ahí, incapaz de defenderme, sentía el peso de su decepción sobre mis hombros, que me aplastaba y me inundaba de culpabilidad—. Recomponte y sal ahí fuera. —Hizo un gesto con la cabeza por encima del hombro y yo rápidamente me llevé la mano a

la boca para limpiarme la sangre que brotaba de mi labio partido—. No te atrevas a dejar que vean tu debilidad. El futuro de la rebelión depende de ti, Dacre.

Sus palabras fueron como otra bofetada en la cara, y me arrancaron de mi aturdimiento. Enderecé la postura e inspiré hondo, preparándome para lo que estaba por llegar.

Salí de los cuarteles de los guerreros, alejándome de la mirada penetrante de mi padre, que parecía seguirme incluso cuando ya me había ido. La tensión en el ambiente era palpable cuando me dirigí hacia el lugar donde sabía que el resto de los rebeldes estaban congregados.

Todos estaban enterados de que mi padre tenía un anuncio importante que hacer, pero yo temía que descubrieran la verdad. La inminente sensación de la fatalidad frenaba mis pasos mientras me acercaba al grupo en la cueva, cuyos rostros mostraban una mezcla de expectación y aprensión.

Recorrí la multitud con la vista, buscando rostros familiares y tratando de evitar las miradas curiosas. Por fin encontré a Kai y a Wren cerca de la primera fila, estudiándome.

Los ojos entrecerrados de Wren revelaban que estaba decepcionada, que era consciente de mi traición, pero lo que me incomodaba no era solo eso: era también el dolor punzante en la mandíbula y la sangre seca en el labio partido, de la que ella no apartaba la vista.

Cuando me acerqué, ella levantó la mano como para tocarme la barbilla. Yo me estremecí y me aparté rápidamente; me di media vuelta y clavé la mirada al frente. El aire parecía espesarse a nuestro alrededor como una densa niebla. El corazón me latía con fuerza en el pecho al no saber qué iba a hacer nuestro padre.

—¿Él te ha hecho esto? —siseó Wren entre dientes, temblando de rabia.

—No es para tanto, Wren.

Kai estaba a mi lado y, en lugar de su actitud normalmente tranquila, mostraba una ira ardiente. Tenía los puños tan apretados que los nudillos se le estaban poniendo blancos mientras estudiaba con rabia mi mandíbula.

Ya sabía lo que había pasado con Verena (o Nyra, su nombre falso); sabía quién era ella, pero, aunque el recuerdo de la traición de Verena estaba grabado a fuego en su mente, no era esa la fuente de la furia que latía en su interior; cada ápice de esa furia estaba dirigida al hombre que lideraba la rebelión y que esperaba una lealtad ciega de nosotros.

Pero yo no era capaz de sentir esa lealtad con el sabor de la sangre todavía en mi lengua.

No era la primera vez que Kai presenciaba un acto de violencia de mi padre hacia mí, y estaba convencido de que no iba a ser la última. Aunque habían transcurrido años desde la primera vez que vio algo así, no se le había hecho más fácil de soportar.

Siempre nos habíamos protegido el uno al otro, desde que éramos niños y mientras crecíamos juntos en las filas de la rebelión, y en ese momento, como adultos que luchaban por nuestra causa, ese sentimiento protector se había fortalecido.

Un leve murmullo se alzó a nuestro alrededor cuando mi padre salió de los cuarteles de los guerreros, con Reed pisándole los talones. Podía ver la rabia ardiendo todavía en los ojos de Wren y la tensión en su cuerpo mientras luchaba por contenerse.

Mi padre levantó la mano con un gesto autoritario, silenciando el alboroto. Apreté los dientes y me obligué a permanecer quieto a pesar del dolor punzante en la mandíbula.

La voz amarga de mi padre resonó en la cueva cuando se plantó frente a todos, con el rostro contraído en su habitual mueca de ira.

—La heredera del reino de Marmoris se ha escapado.

De repente, una cascada de murmullos y exclamaciones de sorpresa estalló a nuestro alrededor. Se me aceleró el corazón, y las palabras que acababa de pronunciar se clavaron en mis entrañas. No se había referido a ella por su nombre, sino tan solo como «la heredera», porque eso era lo único que le importaba.

—Se ha estado escondiendo entre nuestras filas.

La cueva se convirtió en un caos; las voces se alzaban repletas de confusión y asombro, pero yo seguía con la vista clavada en mi padre, que nos miró a todos y cada uno de nosotros antes de detenerse un instante en mí.

—Durante semanas Nyra ha estado entrenando en secreto con nuestros guerreros —continuó mi padre, con la voz llena de repugnancia. La cueva se quedó en silencio cuando mencionó el nombre de Nyra—. No estamos seguros de si fue enviada por el rey o si actuó por su propia cuenta. —La mirada de mi padre regresó a mí y se quedó fija en mis ojos como si estuviera intentando encontrar algo—. Quiero que todos la busquéis —ordenó—. Traedla ante mí. —Pude sentir cómo las miradas de todos se clavaban en mí como hierros al rojo vivo que me quemaban la piel; podía sentir la decepción que irradiaban, lo penetrantes y acusadoras que eran—. ¡El futuro de nuestra rebelión depende de que la encontréis! —exclamó mi padre con voz febril.

Contuve la respiración, sin tener ni idea de lo que iba a decir a continuación. El ambiente crepitaba a causa de la tensión, pero seguimos ahí plantados, en posición de fir-

mes, como los soldados que él exigía que fuéramos, esperando sus siguientes palabras, que, sospechaba, iban a estar cargadas de rencor.

—El rey hará todo lo que esté en su mano para encontrarla y utilizará todos sus recursos. No debimos ser tan descuidados como para dejarla escapar.

Sus ojos se clavaron de nuevo en los míos, agudos y penetrantes como dagas. Le sostuve la mirada a pesar de la culpa que me carcomía, pero lo que de verdad me dejaba sin aliento, hasta sentir que me ahogaba, era el peso de la verdad. Mi padre no necesitaba mi verdad. Yo había sido quien había dejado escapar a Verena. Había follado con ella como si no significara nada para mí y la había dejado escapar, y él sabía que yo había permitido que se fuera. Mi padre sabía que ella no habría tenido ninguna posibilidad de fugarse a menos que yo lo hubiera permitido, y eso había hecho yo. Y esa era la única verdad que necesitaba. Pero yo no estaba arrepentido. Sí, los remordimientos me corroían como veneno, pero no por haberla dejado marchar, pues era incapaz de lamentarme por eso.

—Hay que encontrar a la princesa y traerla aquí. No me importa si le han quitado la vida o si apenas respira. No permitiremos que la heredera llegue al palacio.

Wren gruñó, aún ardiendo de furia, sin apartar la vista de mi padre, pero él ni siquiera se volvió en su dirección. Verena había sido la primera persona con la que había visto a Wren abrirse desde la muerte de nuestra madre, y se había ido.

Podía sentir cómo la lealtad de Wren hacia nuestro padre se tambaleaba con cada palabra que él pronunciaba en contra de Verena. No importaba que esta también le hubiera mentado a Wren: era su amiga.

Esperaba esta reacción de nuestro padre, ávido de poder, pero no podía permitirme pensar en que ninguno de ellos le pusiera un dedo encima a Verena, porque si le hacían daño... Moví el cuello para relajarlo en un intento por calmarme.

Era una puñetera traidora, y yo lo sabía. Era una puñetera traidora y me había mentido una y otra vez. Nos había mentido a todos, y yo estaba furioso con ella, aunque no podía culparla por haberlo hecho.

No estaba seguro de si algo de lo que me había dicho era cierto, si algo de lo que había sentido...

*Joder.*

No podía permitirme pensar en eso, y menos en ese momento, cuando mi padre me trataba como si lo hubiera traicionado de una forma peor que nada que le hubieran hecho antes.

Pero aunque intentaba borrar de mi mente sus mentiras y sus suaves gemidos, no conseguía arrancarla de mi cabeza. No podía dejar de pensar en cómo me había mirado cuando su verdadero nombre se me escapó de los labios. El sentimiento de traición que había encontrado en su rostro antes de que saliera corriendo de mi habitación. Lo último que vi cuando huyó de mí habían sido las cicatrices de su espalda. Se las había hecho su padre, o eso era lo que me había dicho: que su padre había sido quien le había hecho esas marcas, y yo la había creído, todavía lo creía, aunque solo fuera una verdad a medias, porque me había confesado que había sido su padre, pero no había mencionado que su padre era el rey.

Pensar en el monarca hizo que una oleada de ira irracional me recorriera las venas. Imágenes de castigo y de venganza sangrienta consumieron mi mente, eclipsando cualquier otro sentimiento.

Quería que el rey me suplicara piedad y que se debatiera por recuperar el aliento mientras apretaba mis manos alrededor de su cuello. Quería sentir su miedo bajo mis dedos y ver en sus ojos cómo su vida se apagaba lentamente.

Nunca había deseado la sangre de alguien en mis manos como ansiaba la suya, porque nunca había querido proteger a alguien tanto como quería protegerla a ella. Y ese pensamiento me desgarró y me inquietó: ella era la última persona que merecía mi protección.

Un dolor agudo me atravesó el pecho cuando esa idea se coló en mi mente, pero apreté los dientes y me obligué a apartarla.

—Dividiremos nuestros esfuerzos y registraremos cada rincón del reino. No dejaremos piedra sin mover hasta encontrarla. Si alguien la está escondiendo, matadlo. ¡Traédmela!

Muchos asintieron ante las instrucciones de mi padre, pero yo no. Iba a ser yo quien la encontrara, pero no iba a actuar en beneficio de él ni de la rebelión.

Reed le habló al oído a mi padre, desviando su atención de la multitud, que comenzó a murmurar.

Los latidos de mi corazón resonaban en mis oídos, y me clavé las uñas en las palmas de las manos. Cada vez que pensaba en ella, la lealtad que tanto había arraigado en mí se me escapaba de las manos. Yo era el hijo del líder de la rebelión, pero ella había destrozado todo lo que conocía.

Mi mente era un caos absoluto. Ira, traición, arrepentimiento. Mi madre lo había sacrificado todo por la causa, por esta rebelión. Toda mi vida se había moldeado para lo que estaba por llegar una vez que ganáramos, pero el único pensamiento que seguía rondando mi mente era *«¿Por qué no me fui con ella?»*.

Un torbellino de ideas enredadas y contradictorias luchaban y chocaban entre sí, haciendo que me diera vueltas la cabeza.

Pero una cosa estaba clara: no iba a permitir que mi padre la encontrara.

Me volví hacia mi hermana, que estaba cruzada de brazos y los tensaba sobre su pecho con fuerza. La intensidad de su mirada me hizo sentir incómodo, como si de repente estuviera caminando sobre una soga que pudiera romperse en cualquier momento.

—Voy a encontrarla. —Mi voz sonó tensa y decidida, más enérgica de lo que había pretendido.

Entrecerró los ojos y sentí el calor de su ira irradiando hacia mí, como si pudiera alargarse la mano y tocarlo.

—No quiero que la encuentres. —Se acercó a mí, y pude notar que Kai también llegaba a mi lado—. No quiero que os acerquéis a ella, ni tú ni nuestro padre.

—No me metas en el mismo saco que a él.

—¿Por qué no? —Enarcó una ceja y se echó hacia atrás, escrutándome de arriba abajo con sus agudos ojos—. Parece que te has tomado muy en serio tu entrenamiento. Cada vez te pareces más a él —replicó con tono venenoso. Y dio en el blanco.

Los dos sabíamos que yo no tenía ni idea de quién quería ser, pero estaba absolutamente seguro de que no quería ser como él.

Pude ver a mi padre volverse para mirarnos por el rabillo del ojo, pero traté de ignorarlo.

—No me parezco en nada a él.

—Entonces, ve a buscarla. —Wren acortó la distancia entre nosotros y me señaló con el dedo índice—. Ve a buscarla y no te atrevas a traerla aquí, Dacre.

Estaba a punto de abrir la boca cuando nuestro padre nos interrumpió.

—Dacre, tú vienes conmigo. —Sus palabras tenían ese tono autoritario al que había llegado a acostumbrarme con los años.

—Kai, Wren y yo estábamos discutiendo nuestro plan para salir a buscarla —mentí, porque sabía que ninguno de los dos iba a llevarme la contraria.

Wren podía estar enfadada conmigo todo lo que quisiera, pero siempre me apoyaba.

—No, de eso nada. Tú te vienes conmigo. Kai y Wren se quedarán en la ciudad hasta que regresemos.

Wren tensó los hombros, preparándose para discutir, pero yo le hice un gesto de negación con la cabeza. No hacía falta ganar esa batalla cuando aún quedaba una guerra por librar.

—¿Cuál es el plan? —pregunté, tratando de que no pareciera que estaba dispuesto a quemar todo el maldito reino antes de dejar que él la tocara.

Mi padre entrecerró los ojos

—Primero nos dirigiremos al norte. Lo más probable es que la princesa intente regresar al palacio. Tenemos que detenerla antes de que llegue.

—No irá al palacio —respondí sin pensar. Aunque estuviera con mi padre, no podía perder el tiempo dirigiéndome al norte cuando sabía que Verena iba a mantenerse lo más alejada posible del palacio.

—¿Te lo ha dicho ella cuando la has dejado huir? —espetó mi padre, con las fosas nasales dilatadas. Apreté los puños, tratando de ocultar mi frustración.

—No, pero la conozco bien —respondí, mirándolo directamente a los ojos—. No es estúpida. Sabe que el pala-

cio es el primer lugar donde iríamos a buscarla. —Otra mentira para la pequeña traidora.

No debería haber mentido por ella. No debería haberme importado en absoluto dónde estaba, pero, joder, me importaba.

La expresión de mi padre se endureció.

—No aguantará mucho ahí fuera. La encontraremos. No pararemos hasta capturarla y traerla de nuevo aquí.

—Así será. —Estaba de acuerdo con mi padre por primera vez en mucho tiempo. Iba a encontrarla, pero, desde luego, no iba a llevarla de regreso a la ciudad.

## 2

VERENA

Me dolían horriblemente las piernas mientras subía otra empinada colina, con el sudor empapándome la frente y picándome en los ojos. Pero eso no era nada comparado con el dolor punzante que sentía en el estómago, que se retorció y daba vueltas hasta robarme el aliento.

Sabía que no podía seguir así y que necesitaba encontrar refugio y comida pronto, antes de que el agotamiento y el hambre me dominaran por completo. Durante tres días había seguido adelante sin descanso ni sustento, y en ese instante mi cuerpo protestaba a gritos por el esfuerzo.

Aun así, continué, dando pasos lentos y pausados, escudriñando el horizonte en busca de cualquier signo de civilización. Clavé la vista a lo lejos, donde una fina columna de humo flotaba en el aire. Solo podía significar una cosa: un pueblo.

Aceleré la marcha, con el corazón latiendo con fuerza por la esperanza y la expectación; descendí por la pendiente y el humo se hizo más denso y visible.

Era arriesgado que me detuviera, pero todavía lo habría sido más no encontrar pronto algo para comer.

Hacía un rato había intentado cazar un conejo con mi arco y mis flechas, pero no sabía si había sido mi propia

vacilación a la hora de quitar una vida o mi falta de destreza lo que me había hecho fracasar estrepitosamente.

O tal vez había sido porque me había distraído pensando en Dacre y en cómo me había tocado cuando me había enseñado a usar esa arma.

En cualquier caso, me había quedado sin conejo y con un hambre cada vez más voraz.

Seguía llevando las mismas ropas de cuero con las que había salido de la ciudad oculta, las mismas con las que había dejado a Dacre.

Iban a darse cuenta de que no era solo una chica que estaba de paso. Parecía pertenecer a la rebelión que, estaba segura, me estaba buscando en ese mismo momento.

*Él* debía de estar buscándome.

Mi padre era enemigo de la rebelión y yo ya lo era también.

El pueblo estaba enclavado en un pequeño valle, un conjunto de casas y construcciones dispersas rodeadas por un denso bosque. El humo salía de las chimeneas de los hogares, y alcanzaba a oír el murmullo de las voces.

Al acercarme a la entrada del enclave, me detuve, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

Mantuve la cabeza gacha mientras andaba, tratando de mezclarme con los aldeanos a mi alrededor, ocupados en sus tareas diarias. Una anciana se arrodilló ante un trozo de terreno con verduras para recolectar, con las manos cubiertas de la misma tierra que salpicaba su delantal raído. Me miró al pasar y nuestros ojos coincidieron brevemente, antes de que yo apartara rápidamente la vista.

No quería meterme en un lío en ese pueblo; solo necesitaba comida y unos minutos para descansar y planificar mi próximo movimiento.

Mis pasos resonaban en las calles estrechas y sinuosas, y con cada uno de ellos me llegaba un recordatorio del creciente dolor en mi estómago. Seguí la columna de humo que se elevaba desde una cabaña cercana, y mis pies me llevaron cada vez más cerca de su origen. Era una pintoresca taberna, y vi que la puerta de madera estaba abierta, como tentándome a entrar con la promesa de comida y descanso.

Entré y mis sentidos se vieron inmediatamente invadidos por el olor amargo de la cerveza y el sudor. Un murmullo de conversaciones llenaba la sala, y miré a mi alrededor para escudriñar las pocas mesas que estaban ocupadas en el lugar, tenuemente iluminado.

Un hombre corpulento con una larga barba rebelde que le llegaba al pecho estaba detrás de la barra limpiando la superficie de madera que tenía frente a él. Me miró con curiosidad antes de volver a atender a un cliente que estaba sentado en un viejo taburete, echado hacia delante y apoyado en los codos, como si la barra fuera la única razón por la que se mantenía erguido.

Inspiré hondo para calmar mis nervios y me acerqué torpemente a la barra, tratando de ocultar mis manos temblorosas y mi vacilante determinación.

Se me aceleró el pulso cuando cogí un taburete y me senté.

Metí la mano en el bolsillo y sentí el peso de la única moneda que me quedaba. Ese iba a ser el día en que iba a gastarla.

—¿Qué te pongo? —El tabernero se movió hasta situarse frente a mí detrás de la barra, con sus manos ásperas apoyadas en la superficie. Carraspeó para llamar mi atención. Levanté la vista hasta alcanzar sus ojos, cuyas profundas arrugas de expresión contrastaban con la barba que cubría su rostro—. ¿Qué te pongo? —repitió con voz ronca, pero

suavizando el tono. Tragué saliva nerviosamente, tratando de ordenar mis pensamientos. Necesitaba comer.

—¿Tienes algo de comer? —pregunté tentativamente, con una voz apenas más alta que un susurro.

El tabernero frunció ligeramente el ceño y noté cómo me evaluaba, como si intentara descubrir quién era yo con solo una mirada.

—No tenemos gran cosa, pero sí hay estofado y pan de ayer.

Me invadió una sensación de alivio cuando saqué la moneda y la dejé sobre la barra.

—¿Es suficiente?

Me agarró la muñeca con fuerza, lo que me hizo dar un respingo de sorpresa. Sentí sus dedos sobre la marca de rebelión falsa que tan estúpidamente me había tatuado en la piel.

La marca que me había llevado hasta él.

El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras él estudiaba mi marca. No alcanzaba a imaginar que estaba pasándole por la mente mientras sostenía mi muñeca.

¿Sabía que estaba huyendo? ¿Conocía mi verdadera identidad? Temía que, con la rebelión buscándome, la noticia ya se hubiera extendido por las aldeas cercanas.

Con un gesto suave pero firme, extendió su otra mano hacia mí. Cuando giró la muñeca, pude ver las líneas descoloridas de su propia marca de la rebelión. El intrincado diseño y el significado que había detrás quedaron al descubierto para que yo los viera.

Mientras contemplaba la marca grabada en su piel debería haberme tranquilizado y haber experimentado una sensación de familiaridad y seguridad, pero, en cambio, una fuerte ola de pavor me invadió.

Dacre había tomado lo que había comenzado a sentir como mi hogar y lo había convertido en algo cruel e implacable. La ciudad oculta se había transformado en algo que quería verme muerta, al igual que mi padre.

Sentí una punzada en el pecho mientras miraba la marca de ese hombre y lo único que veía era la traición de Dacre. Lo único que veía era mi propia traición.

Me había llamado «pequeña traidora» desde el día en que nos habíamos conocido, y tenía razón: lo había estado traicionando todo el tiempo.

Pero no podía confiarle la verdad.

Él era el hijo de la rebelión y yo era la hija de todo aquello contra lo que luchaban. Habíamos nacido y crecido para ser enemigos, para no confiar jamás el uno en el otro.

El tabernero ladeó la cabeza, estudiándome atentamente. Me sentí incómoda bajo su escrutinio. Era como si pudiera ver a través de mí, como si pudiera desentrañar todos mis secretos y mis miedos. Deseé escapar.

Pero tenía más ganas de comer.

—¿De quién huyes? —preguntó, rompiendo el tenso silencio entre nosotros. Sentí que el corazón me daba un vuelco, y me inundó el pánico. Sin pensar, me levanté y empecé a alejarme de él, con la mano buscando instintivamente la daga que llevaba escondida en el chaleco. No tenía poder, no había sido capaz de sentir ni una sola vez su presencia desde que había dejado la ciudad oculta, así que lo único con lo que podía protegerme era con esa daga. Pero, en lugar de atacarme o de llamar la atención sobre mí, como esperaba, la expresión del tabernero se suavizó, y el hombre levantó las manos en un gesto tranquilizador—. Tranquila, no hay necesidad de eso. —La cabeza me dio vueltas, tratando de encontrar una explicación o una excusa

para poder salir de allí—. Siéntate y come. —Señaló el taburete que yo acababa de dejar—. No vas a llegar muy lejos si no te llevas algo a la boca. —Como no me moví, suspiró y se echó hacia delante sobre la barra para mirarme directamente a los ojos y que nadie más pudiera oírlo—. Verás que la mayoría de la gente aquí no apoya al rey, pero nuestro apoyo a la rebelión también está flaqueando.

Levanté la cabeza y solté un suspiro tembloroso.

—¿Qué?

Me indicó una vez más que me sentara, y esa vez obedecí y me senté en el taburete, con la mano aún sobre la daga. El tabernero se dirigió a la parte de atrás y yo erguí la espalda, con la vista clavada en el lugar por donde el hombre había desaparecido antes de volverme hacia las mesas de la pequeña taberna para ver si alguien más se había fijado en mí.

El tabernero regresó con un cuenco humeante de estofado y un trozo de pan.

Dejó las dos cosas delante de mí e hizo un gesto con la cabeza.

No esperé.

Cogí la cuchara, la hundí en el cuenco y me llevé una gran cantidad de estofado a la boca. No me importó que me quemara la lengua. Me moría de hambre.

—Tómatelo con calma o te sentará mal.

Dio un pequeño paso atrás para servir una cerveza y deslizarla sobre la barra frente a mí.

Tragué rápidamente la comida y alcancé el vaso.

—¿Cómo lo sabías?

—¿Que estás huyendo? —Soltó una risa profunda y despreocupada.

Asentí y él se cruzó de brazos.

—Bueno, sé que no estás solo de paso. Nadie pasa por aquí sin más, sobre todo cuando parece que está a punto de desfallecer de hambre. —Se acercó más a mí y me miró fijamente a los ojos—. Además —continuó—, he visto la marca en tu muñeca en cuanto has entrado. La mayoría de la gente no suele llevarla a la vista de forma tan descuidada, sobre todo cuando los soldados del rey acaban de arrasar nuestro pueblo en busca de la heredera perdida.

Tragué saliva con dificultad, con la garganta reseca por el miedo.

—Tengo que irme.

—Tienes que comer. —Señaló el guiso—. Los soldados del rey se marcharon hace dos noches y se dirigían al sur, que supongo que es la misma dirección en la que vas tú. —Asentí, aunque no tenía motivos para confiar en él—. Come, y luego descansa. —Lo dijo con absoluta naturalidad, como si no hubiera lugar para la discusión, y así era. No podía decirle a ese hombre que no solo huía de los soldados del rey, sino también de quienes se suponía que debían proteger a los que no servían al monarca.

Di otro bocado antes de pensar en lo que había dicho.

—¿Qué querías decir con que el apoyo a la rebelión está flaqueando?

Me estudió durante un largo momento antes de responder.

—La rebelión nunca tuvo que ver con el poder o el control. Era una lucha por la libertad, por un futuro mejor. Pero con el paso del tiempo algunos han empezado a verla como una oportunidad para alcanzar el poder. Las líneas se han difuminado y muchos han perdido de vista el verdadero significado de la lucha.

Asimilé sus palabras y mis pensamientos se desviaron hacia el padre de Dacre. Me había sentido incómoda con él

desde el primer momento en que lo vi, y por fin me había dado cuenta de que era porque me recordaba a otra persona: a mi padre.

Hombres ávidos de poder que habían perdido de vista lo que debería haber sido importante para ellos.

Bajé la mirada hacia mi estofado y mi pan antes de seguir comiendo y disfrutar del calor que le proporcionaban a mi estómago vacío.

Dacre también podría ser uno de esos hombres, pero algo en mi interior me decía que, aunque quisiera odiarlo, no se parecía en nada a ellos.

Y eso, de alguna manera, hacía que las cosas fueran mucho peores que si actuara como ellos. Tanto mi traición como la suya habrían sido más fáciles de digerir si él hubiera encajado en el molde que había creado en mi mente para él. Pero, en cambio, resultó no ser en absoluto como había imaginado. La comprensión me golpeó como una ola que rompiera contra la orilla, y me dejó perdida y confusa.

Levanté la vista hacia el tabernero, que seguía mirándome, esperando mi respuesta.

—He conocido a hombres así —logré articular, con una voz apenas más alta que un susurro.

Él suspiró y se pasó una mano por la barba.

—Claro que sí. Ya es difícil confiar en alguien, e incluso aquellos que lideraron la lucha por un futuro mejor se han dejado cegar por sus ambiciones.

Bajé la mirada hacia mi comida a medio terminar, sintiendo el peso de sus palabras sobre mis hombros.

—Crees que Davian quiere convertirse en rey.

Tensó la mandíbula como si no debiera decir lo que estaba pensando, y ojalá no lo hubiera hecho.

—Durante años, el plan de Davian ha sido convertir a su hijo, Dacre, en el próximo heredero al trono. —Sentí un nudo en el estómago, una mezcla de ira y algo que no podía identificar. Pensaba que luchaban por una vida mejor, que luchaban contra mi despiadado padre, pero en realidad no hacían más que ayudar a que Dacre se asegurara su sitio como futuro rey.

Aparte de mi padre, yo era la única persona que se interponía en su camino, y, sin embargo, me había dejado escapar.

Si Davian me encontraba, no tenía ninguna duda de que me mataría.

Me llevé a la boca otra cucharada de estofado, lo tragué y dejé caer la cuchara en el plato.

—Gracias por la comida —dije, señalando el cuenco con la cabeza mientras me levantaba—. Tengo que irme.

Me observó con atención, con demasiada atención, pero no intentó detenerme. En cambio, solo asintió una vez cuando me puse de pie para salir a toda prisa por la puerta.